

DIÁLOGOS EN LA MADRUGÁ.

Por: Francisco González García.

Madrugá del Viernes Santo, milagro repetido año tras año, expectación ante la inminente salida de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de Santa María, emoción contenida, lágrimas, respeto, admiración, silencio.

Sentimientos agolpados en los corazones de los que ansiamos volver a ver ese rostro, esa mirada que derrama dulzura, ni una mueca de dolor o desaliento, el hijo de Dios hecho hombre por nosotros, por todos y cada uno de nosotros, aún al límite de sus fuerzas, tras el despiadado castigo al que ha sido sometido, sabe que sólo Él puede llevar la pesada cruz, sólo su destrozada espalda será capaz de cargar esa cruz trazada a medida. El Nazareno no sólo la acepta, sino que la abraza, la hace suya. ¡La ama!

La ama pues va a entregarse por amor, no hay causa más grande por la que ir como un cordero, al matadero. Derrama su sangre por todos, por los que le aman, pero primero por los que le odian, escupen, insultan, apedrean o desprecian. Por ellos primero, El Nazareno anhela que sean ellos, los primeros en volver a su lado.

Desde muy pequeño he sentido especial debilidad por El Nazareno, mi Nazareno. Cada Viernes Santo se establece un diálogo muy íntimo entre nosotros. Bastan las miradas, aguzar el corazón e intentar no perder nada de su mensaje.

Un mensaje enriquecedor para el alma, un mensaje que contiene las claves para toda una vida, tan rico en matices que es imposible desarrollar en sólo unas líneas, y todo ello tiene lugar en el breve espacio de tiempo en el que mi Nazareno completa su paso por las calles de nuestro Sabiote.

Me impresiona la humildad con la que siendo Dios, se hace hombre, no podía ser de otra manera, renuncia a su condición divina para mostrarse cercano, sólo desde la debilidad del ser humano inicia este camino que le conduce a la muerte en la cruz.

Un camino angosto, que se revelará especialmente amargo cuando casi todos renieguen de Él. En estos difíciles momentos, al Nazareno le quedan pocos, muy pocos amigos, sin duda es eso lo que más le duele. Ni la corona de espinas, los latigazos, o el peso de la cruz, le provocan un dolor tan hondo.

Y surge la pregunta: "¿Por qué no abandonas, merece la pena tanto dolor?. Impensable, mi Nazareno ha visto más allá de los corazones de los hombres, mucho más allá hay una pequeña luz que debe cuidar y alimentar, esa es su misión, para eso ha venido, ¿el precio?. Su vida.

Aún caerá tres veces, en estos momentos muy pocos creen que Él pueda ser el hijo de Dios, en realidad la inmensa mayoría se creen superiores a Él. Volvemos a cruzar una mirada cómplice. ¿Nada ha cambiado demasiado en todo este tiempo verdad?, y Él me devuelve una mirada pícaro, una leve y enigmática sonrisa en sus labios me hace recordar que Él sí me conoce, que mi apariencia no le despista, ni le decepciona, y que jamás me abandonará.

Estas tres caídas vuelven a ser una lección magistral de humildad. En realidad no importa cuantas veces caiga, Él siempre se levantará. Pero mi Nazareno aún quiere decirme más, y yo espero ser capaz de escucharle y entenderle.

Desde muy pequeño he sentido especial debilidad por las personas que sufren, he crecido rodeado de dolor, desde muy pequeño he sido muy consciente de mis limitaciones pero también de mis posibilidades, pero sobre todo, desde muy pequeño he sentido la mano de mi Nazareno, y he tenido la íntima convicción de que incluso antes de que nadie se lo pidiera, Él ya me había concedido la fe necesaria para levantarme tras cada caída.

Me identifico mucho más con el Dios que sufre que con el Dios vencedor de la muerte. Para vencer hay que sufrir, es el sufrimiento el que nos hace personas, nos va moldeando, nos hace más sensibles y a la vez más duros. A veces, demasiadas veces, el sufrimiento es demasiado cruel e incomprensible, pero mi Nazareno vuelve a levantarse, sigue su camino, en su mente sólo existe una idea: Hacer la voluntad del Padre, y esto me obliga a otra larga reflexión.

En su camino, necesitará la ayuda del Cirineo, no se puede ser más humilde, más humano, más cercano. Mi madre me llevaba en brazos en la procesión cuando yo aún no podía andar, eso me hacía sentirme en comunión con mi Nazareno, yo también necesitaba un Cirineo, en realidad ¡Todos lo necesitamos!. Tanto que cuando conseguí andar, mi Nazareno quiso que siguiera necesitando un Cirineo.

La emoción que yo sentía al acompañarle, al recordar su pasión, hacía temblar mis piernas, esta vez mi tío Martín sería mi Cirineo durante muchos años, en una imagen clásica de nuestra Semana Santa.

Pasaron los años, podía jugar al fútbol en el colegio o en el parque, pero seguía necesitando mi Cirineo, Jesús traspasaba el umbral de Santa María, y me miraba, sólo las tristes notas del Miserere osaban romper el silencio, y mis piernas comenzaban a temblar.

Durante años no lo entendí ¿Por qué yo no puedo?, ¿Por qué no puedo ser uno más en la procesión, cubrir mi rostro y acompañarte sin ayuda?, ¿Por qué no me permitiste hacerlo cuando lo intenté y mis pies se quedaron clavados al suelo?

Mi Nazareno no respondía, sólo salía de Santa María, me miraba y se alejaba de mí, seguía su camino ayudado por su Cirineo, mientras yo volvía a casa incapaz de seguirle sin mi Cireneo.

Ahora sé que era yo el que se alejaba de él, ¿Cómo pude ser tan necio?, no había entendido nada. ¿Cómo podía ser yo más que el hijo de Dios, su único hijo, al que sacrificó por nosotros?

Y la madrugada de un Viernes Santo volví a vestirme de Nazareno, esperé impaciente que cruzara el umbral de Santa María, mis piernas temblaban como siempre y mi corazón latía y dudaba como nunca, pues me había equivocado. ¿Qué sentiría esta vez?.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse cómplices, y comprendí que su mano jamás me faltaría.